

Leer te da Poder con Bartolo

:: Lecturas ::



Índice

CUENTOS

- El ruiseñor 5
- El pájaro cantor..... 7

FÁBULAS

- El zorro y la cigüeña..... 9
- La mochila 11

LEYENDAS

- Cuando los moáis caminaban..... 13
- El copihüe, la historia de un amor imposible..... 15

POEMAS

- Choroyes 17
- Las moscas..... 18

INSTRUCTIVOS

- Cómo hacer un móvil..... 19
- Cómo hacer un folioscopio..... 21

POEMAS

- En el circo de la Luna..... 23
- El balcón de mi casa..... 24

NOTICIAS

- Hallan un tiburón ballena..... 25
- La piel de las cebras 27



Índice

CUENTOS

- El gallito y el diamante.....29
- La sopa de piedra.....32

MITOS

- Ícaro y Dédalo35
- El inicio del mundo.....37

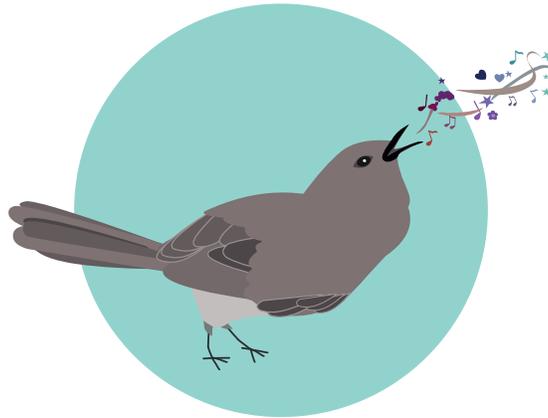
REPORTAJES

- El volantnero.....38
- El escobero.....40



El ruiseñor

Hans Christian Andersen



Hace miles de años vivió en China un emperador sordo.

Como no podía escuchar las voces de los pájaros, ordenó que sacrificaran a todos aquellos que no tuvieran un hermoso plumaje.

Un día, su hija Litay Fo estaba en el jardín y se emocionó al oír a un ruiseñor que cantaba desde las ramas de un durazno.

“Querido amigo, no debes estar aquí, pues te espera un fuerte castigo”, le dijo.

“No importa, de todas maneras con estas noches tan frías no podré vivir demasiado”, respondió el ruiseñor.

Litay Fo decidió llevarlo consigo a su aposento para cuidarlo y gozar escuchando sus trinos. Pero una mañana, sin aviso, el emperador entró a la habitación de la pequeña y descubrió al pájaro.

“¡Huye para salvar tu vida!”, gritó Litay Fo para proteger a su mascota. El pajarillo le obedeció.

Sin embargo, con el paso del tiempo, la pequeña empezó a debilitarse por la tristeza de su ausencia.

El emperador hizo traer a un médico. “No podemos hacer nada por ella”, afirmó este.



El padre recibió la noticia con gran preocupación pero, aprovechando la visita del doctor, le preguntó por su propia sordera.

“Para esa sí hay una cura: consiste en aplicarle al oído el corazón caliente de un ruiseñor”, indicó el médico.

“¡Que busquen uno de inmediato!”, ordenó el emperador.

Los hombres que trabajaban con él, le llevaron precisamente al amado pajarillo de Litay Fo. Este entró volando a la habitación.

“Disponga usted de mi vida. Estoy seguro que su hija se sentirá feliz si usted recupera el oído”, ofreció el pajarillo al emperador, a través de uno de los súbditos que escribía el mensaje para que este lo leyera.

Emocionado por la bondad de la pequeña ave, los ojos del emperador se arrasaron de lágrimas.

“De ninguna forma. Prefiero seguir siendo sordo que hacerte daño”, indicó.

El ruiseñor siguió viviendo en el palacio. Litay Fo se recuperó muy pronto de su tristeza y el emperador supo que aquel pajarillo era el más hermoso de todos, no por su canto, ni por su plumaje, sino por el bondadoso corazón que había salvado una vida y siguió latiendo por muchos años.



El pájaro cantor

Carla Dulfano



El pájaro Juancho era capaz de entonar las óperas más difíciles. Podía cantar hasta diez voces distintas al mismo tiempo. Venían de todas partes a escucharlo.

Pero había un problema: solo cantaba si nadie se lo pedía. No le gustaba que lo obligaran. La gente esperaba meses sentada en la butaca, hasta que el pájaro tuviera ganas de cantar. Traían galletitas y bebidas como para un año.

Juancho tenía muy buen oído. Si un oyente decía en secreto: “Me gustaría que entonara el coral 23 Opus 16 de Tarantini”, dejaba de cantarlo para siempre. Así se perdieron obras completas que no se volvieron a escuchar.

Su representante, Ralf Von Appetit, estaba preocupado. Si no vendían boletos durante tantos meses, no tendrían qué comer. Por eso entrevistaba al público en su oficina, antes de cada función. Les advertía que no debían pedir canciones ni gritar “Otra, otra”. Ni siquiera “Que empiece, que empiece”. Pero cuando llegaba el momento, la gente se entusiasmaba, y olvidaba lo pactado. Entonces Juancho dejaba de cantar por tres meses.

Ralf Von Appetit quedó en bancarrota y puso un aviso en el diario: “Busco un domador que haga cantar a un pájaro sin pedírselo ni obligarlo”.

Lo intentaron todos los domadores del mundo, pero no tuvieron éxito. Uno trató de convencerlo con miguitas de pan. El pájaro pidió mayonesa y se las comió, pero no cantó ni una nota. Otro le rogó llorando. El pájaro Juancho le ofreció un pañuelo, pero se mantuvo en silencio.



Un día llegó un domador desconocido. Ralf Von Appetit dudó, pero al fin y al cabo no tenía nada que perder y lo contrató.

Llegó la noche de la función. Las entradas estaban agotadas, se vendió hasta la butaca del acomodador. La gente terminó de toser y se abrió el telón. Todos estaban expectantes. ¿Cómo haría el domador para convencer al pájaro de que cantara, sin pedírselo? ¿Tendrían que esperar tres meses a que tuviera ganas?

El domador dijo: "Pájaro Juancho, te ordeno que no cantes nada esta noche". El pájaro empezó a cantar.

El domador dijo: "¡Ahora no cantes la ópera Don Giovanni!".

El pájaro cantó la ópera entera. El nuevo domador había encontrado la solución: ordenarle lo contrario.

Ralf Von Appetit ofreció una función por noche. Todo iba de maravillas hasta que Juancho huyó con una pajarita que le dijo: "No te cases conmigo". Entonces él se casó, y tuvieron muchos hijos. No se supo nada más de Juancho. Algunos dicen que lo vieron discutir con sus pichones. Les decía: "¡No vayan a la escuela! No ayuden a mamá en casa. No se laven los dientes".



El zorro y la cigüeña

Fábula de Esopo



Un día don Zorro invitó a cenar a doña cigüeña.

La cigüeña llegó puntual, ansiosa por degustar el menú que le ofrecería su anfitrión.

El zorro le había preparado un caldo ralo, pues vivía pobremente, y el muy astuto se lo sirvió en un plato chato. Por más que lo intentó, la cigüeña no pudo probar ni un solo sorbo con su largo pico.

El zorro, en cambio, lamió el plato y se tomó todo el caldo en un instante.

Para vengarse de esa burla, doña Cigüeña decidió devolverle la invitación a don Zorro.

–¡Encantado! –dijo el invitado.

Llegada la hora de la cena, el zorro corrió a casa de la cigüeña con un apetito feroz. El aroma de la carne, partida en finos pedazos, lo entusiasmó aún más.

Para su desdicha, la cigüeña había servido la carne en una copa de cuello alto y de estrecha boca. Tan estrecha, que el zorro no pudo meter dentro ni la puntita del hocico, mientras la cigüeña comía ávidamente hasta el último bocado.

Mirando al zorro, que estaba muerto de hambre, la cigüeña le dijo riendo:



-Por lo visto, don Zorro, mi comida le ha gustado tanto como a mí me gustó la suya.

El zorro se fue sin chistar, con la cola entre las patas y las orejas gachas.

 *El tramposo no puede protestar cuando le devuelven su trampa.*



La mochila

Fábula de Jean de la Fontaine



Cuentan que Júpiter, antiguo dios de los romanos, convocó un día a todos los animales de la Tierra.

Cuando se presentaron, les preguntó uno por uno, si creían tener algún defecto. De ser así, él prometía mejorarlos hasta dejarlos satisfechos.

-¿Qué dices tú, la mona? -preguntó.

-¿Me habla a mí? -saltó la mona-. ¿Yo, defectos? Me miré en el espejo y me vi espléndida. En cambio el oso, ¿se fijó? ¡No tiene cintura!

-Que hable el oso -pidió Júpiter.

-Aquí estoy -dijo el oso- con este cuerpo perfecto que me dio la naturaleza. ¡Suerte no ser una mole como el elefante!

-Que se presente el elefante...

-Francamente, señor -dijo aquél-, no tengo de qué quejarme, aunque no todos puedan decir lo mismo. Ahí tiene al avestruz, con esas orejitas ridículas...

-Que pase el avestruz.

-Por mí no se moleste -dijo el ave-. ¡Soy tan proporcionado! En cambio la jirafa, con ese cuello...



Júpiter hizo pasar a la jirafa quien, a su vez, dijo que los dioses habían sido generosos con ella.

-Gracias a mi altura, veo los paisajes de la tierra y el cielo, no como la tortuga que solo ve los cascotes.

La tortuga, por su parte, dijo tener un físico excepcional.

-Mi caparazón es un refugio ideal. Cuando pienso en la víbora, que tiene que vivir a la intemperie...

-Que pase la víbora -dijo Júpiter, algo fatigado.

Llegó arrastrándose y habló con lengua viperina:

-Por suerte soy lisita, no como el sapo que está lleno de verrugas.

-¡Basta! -exclamó Júpiter-. Solo falta que un animal ciego como el topo, critique los ojos del águila.

-Precisamente -empezó el topo-, quería decir dos palabras: el águila tiene buena vista pero, ¿no es horrible su cogote pelado?

-¡Esto es el colmo! -dijo Júpiter, dando por terminada la reunión-. Todos se creen perfectos y piensan que los que deben cambiar son los otros.

🐾 Solo tenemos ojos para los defectos ajenos y llevamos los propios bien ocultos, en una mochila en nuestra espalda.



Cuando los moáis caminaban



Cuenta una vieja leyenda de la isla Te Pito o Te Henua que, en tiempos primitivos, los gigantescos moáis caminaban solos desde las canteras del volcán Rano Raraku, hacia los sitios en que se encuentran ubicados actualmente.

En ese tiempo, los escultores trabajaban febrilmente en sus creaciones y tenían sirvientes que los atendían. Dos de ellos habían aprendido rápidamente de Have Hake, el gran escultor, cómo hacer los moáis.

Cansados del trabajo y, con el afán de superar su condición de sirvientes, comenzaron a esculpir a escondidas y lejos de su maestro.

Muerto Have Hake, los dos sirvientes se mantuvieron cuidadosos de no revelar el secreto. Soñaban con ser los maestros de la cantera de Rano Raraku.

Su primer moái les resultó muy feo, algo mejor salió el segundo y, perfecto, el tercero. Para evitar competencias, los nuevos escultores resolvieron no tener sirvientes. En cambio, le pidieron ayuda a una anciana, que luego resultó ser una hechicera.

Cierto día, los dos nuevos artesanos atraparon a la fabulosa tortuga Urararapenui, que era muy buscada por los isleños. Ellos creían que, al comer de su carne, se adquiriría una extraordinaria inteligencia, larga vida y mucha fuerza.

Rápidamente, le dieron muerte a la tortuga y se la comieron, sin guardar bocado.



Cuando, al amanecer, la hechicera vio el caparazón de la tortuga, buscó ansiosamente un trozo de carne. Al no encontrar ningún rastro, furiosa, gritó:

-¿Dónde está mi parte?

-No hay nada para ti -contestaron los artesanos.

Resentida y rencorosa, la hechicera los maldijo a ellos y a sus obras. Desde entonces, los moáis perdieron la facultad de caminar, quedaron estáticos. Por eso, muchos de ellos aún están tumbados en el suelo.

De los dos escultores... nunca se supo más.



El copihue, la historia de un amor imposible

Leyenda mapuche



Hace muchos años, cuando en Chile la tierra de Arauco era habitada por pehuenches y mapuches, vivía una hermosa princesa mapuche, llamada Hues, y un vigoroso príncipe pehuenche, cuyo nombre era Copih.

Pero, lamentablemente, sus tribus estaban enemistadas a muerte. El mayor de los problemas era que Copih y Hues se amaban profundamente y, para verse, solo podían encontrarse en lugares secretos de la selva. Sin embargo, un día los padres de ambos se enteraron y se enfurecieron... y no se quedaron de brazos cruzados.

Copiñiel, el jefe de los pehuenches y padre de Copih, y Nahuel, jefe mapuche y padre de Hues, se fueron cada uno por su lado hasta la laguna donde ambos enamorados se encontraban.

El padre de Hues, cuando vio a su hija abrazándose con el pehuenche dentro del agua, arrojó su lanza contra Copih y le atravesó el corazón. Tras esto, el príncipe pehuenche se hundió en las aguas de la laguna.

El jefe Copiñiel no se quedó atrás e hizo lo mismo con la princesa, la que también desapareció en las aguas de la laguna.

Ambas tribus lloraron por mucho tiempo. Y, cuando pasó un año, los pehuenches y mapuches se reunieron en la laguna para recordar a Copih y Hues. Llegaron de noche y durmieron en la orilla.

Al amanecer, vieron en el centro de la laguna un suceso inexplicable. Del fondo de las aguas



surgían dos lanzas entrecruzadas. Una enredadera las enlazaba, y de ella colgaban dos grandes flores de forma alargada: una roja como la sangre y la otra blanca como la nieve.

Así, las tribus enemistadas comprendieron lo que sucedía. Se reconciliaron y decidieron llamar a la flor copihue, la unión de Copih y de Hues.



Choroyes

Guido Eytel



Un manto verde aparece
en el cielo azul sureño.
Mil verdes alas agitan
el aire claro del cielo
y mil gritos estremecen
el espejo del silencio.

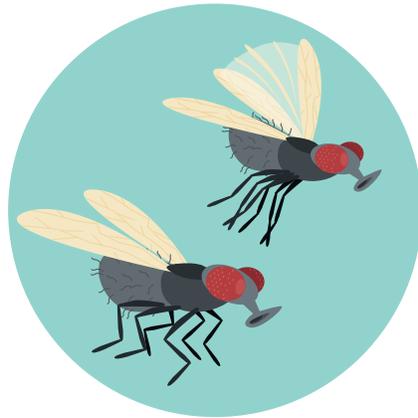
La verde bandada vuela
sobre un dorado potrero.
Las espigas, asustadas,
doblan su talle ante el viento.
La verde bandada cae
y vuelve verde el potrero.

De pronto, un grito de alarma
y emprende su verde vuelo.
Tan solo queda una huella:
la verde pluma en el suelo.



Las moscas

Antonio Machado



Vosotras, las familiares,
inevitables golosas,
vosotras, moscas vulgares,
me evocáis todas las cosas.

¡Oh viejas moscas voraces
como abejas en abril,
viejas moscas pertinaces
sobre mi calva infantil!

¡Moscas del primer hastío
en el salón familiar,
las claras tardes de estío
en que yo empecé a soñar!

Y en la aborrecida escuela,
raudas moscas divertidas,
perseguidas
por amor de lo que vuela,
—que todo es volar—, sonoras
rebotando en los cristales
en los días otoñales...

Moscas de todas las horas,
de infancia y adolescencia,
de mi juventud dorada;
de esta segunda inocencia,
que da en no creer en nada,
de siempre... Moscas vulgares,
que de puro familiares
no tendréis digno cantor:
yo sé que os habéis posado
sobre el juguete encantado,
sobre el librote cerrado,
sobre la carta de amor,
sobre los párpados yertos
de los muertos.

Inevitables golosas,
que ni labráis como abejas,
ni brilláis cual mariposas;
pequeñitas, revoltosas,
vosotras, amigas viejas,
me evocáis todas las cosas.



Cómo hacer un móvil



Material

- Una hoja con cinco figuras impresas.
- Un pliego de cartulina.
- Dos palitos de madera.
- Lana, pegamento y tijeras.

Elaboración

1. Pegar la hoja impresa sobre la cartulina y recortar las cinco figuras.
2. Plegar cada figura y pegarla haciendo coincidir los dos lados con exactitud. Luego, hacer un agujero en la parte superior de cada figura.
3. Cortar cinco trozos de lana: cuatro de 10 cm y uno de 6 cm. Pasar la lana por el agujero de las figuras. El más corto es para la figura más chica.
4. Colocar dos palitos en forma de cruz y unirlos con lana. Luego, ponerle cola fría a la unión para darle firmeza.
5. Amarrar las figuras de igual tamaño a los extremos del soporte. Luego, atar en el vértice de la cruz, la figura pequeña.



6. Atar un trozo de lana en el vértice del soporte para poder colgar el móvil.

 *Sugerencias: Para equilibrar el móvil, ajustar el largo de la lana de la que cuelgan las figuras.*



Cómo hacer un folioscopio



Materiales

- Lápiz grafito y goma de borrar.
- 1 taco de papel.
- 1 pliego de cartulina.
- 1 par de tijeras.
- 1 barra de pegamento.

Pasos a seguir

1. Abre el taco de papel en la última página y dibuja una imagen al lado derecho de la hoja.
2. Pasa a la página anterior, la penúltima, y calca el dibujo que hiciste, haciéndole un pequeño cambio.
3. Repite el procedimiento en todas las hojas que anteceden a estas últimas páginas. Recuerda que a cada dibujo le debes hacer una pequeña variación.
4. Corta la cartulina del tamaño del taco de papel, para hacer una portada y una contraportada. Pega la cartulina bien alineada al taco, para que tu folioscopio quede sólido.



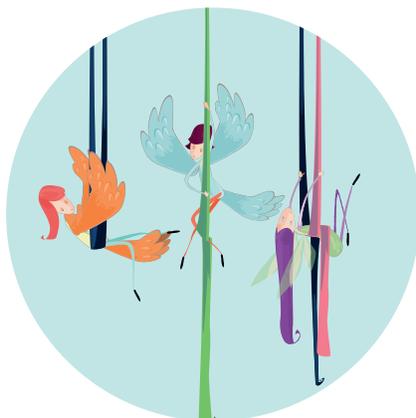
5. Sujeta el folioscopio con la mano izquierda y pasa rápidamente el borde de las hojas con el pulgar derecho. Observa cómo las imágenes simulan el movimiento, engañando a tus sentidos.

 *Recomendaciones: Para lograr la sensación de movimiento continuo, debes pasar unas 20 imágenes por segundo. Por lo tanto, tu folioscopio debe tener al menos 20 hojas, o folios, con dibujos.*



El circo de la Luna

Douglas Wright



En el Circo de la Luna
hay un hombre en bicicleta
que anda y anda por un cable
en malla y en camiseta.

En el Circo de la Luna
usan trajes especiales
llenos de flecos y plumas,
y máscaras de animales.

En el Circo de la Luna
hay muchachas emplumadas;
algunas parecen aves,
algunas parecen hadas.

En el Circo de la Luna
hay tres pistas circulares:
una lisa, una rayada
y una llena de lunares.

En el Circo de la Luna
hay trapecios voladores,
acróbatas, saltimbanquis
y músicos con tambores.

En el Circo de la Luna
cada cosa es otra cosa:
un palo es una montaña,
y un globo, una mariposa.

En el Circo de la Luna
hay una luna colgada
con un cartel que nos dice:
"LA MAGIA ESTÁ EN LA MIRADA".



El balcón de mi casa

Douglas Wright



Vivo en una casa
que tiene un balcón;
un balcón que da a la calle,
un balcón que da a la vida,
justo sobre una cortada,
muy cerca de una avenida.

Vivo en una casa
que tiene un balcón;
los árboles lo acarician,
un farol brilla en la esquina,
y a cada rato se asoma
el gato de la vecina.

Vivo en una casa
que tiene un balcón;
le da el sol de la mañana,
le da el sol del mediodía
y le da el sol de la tarde:
el sol brilla todo el día.

Vivo en una casa
que tiene un balcón;
la ropa, flameando al sol,
está en los otros balcones:
medias, camisas, remeras,
y hasta un par de pantalones.

Vivo en una casa
que tiene un balcón;
un montón de pajaritos
pasan en rasante vuelo,
unos, por entre las ramas,
otros, muy cerca del suelo.

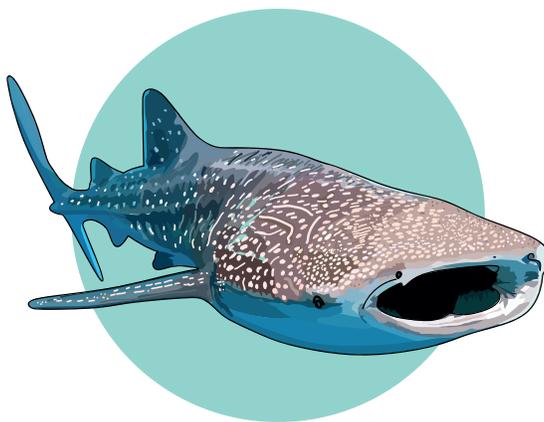
Vivo en una casa
que tiene un balcón;
por la noche, los aviones
vuelan sobre la arboleda,
por el cielo ellos se van
pero la luna se queda.

Vivo en una casa
que tiene un balcón;
la mañana del domingo
muy quieta y tranquila pasa,
y el silencio es más silencio
en el balcón de mi casa.



Internacional

Hallan un tiburón ballena de doce metros en las costas paquistaníes



El gran tamaño del pez llamó la atención de las personas que se encontraban en el lugar. Su dueño lo vendió a un muy buen precio.

En el puerto de la ciudad costera paquistaní de Karachi, bañada por el mar de Arabia, los pescadores del lugar hallaron hoy muerto a un tiburón ballena que mide algo más de doce metros.

La televisión paquistaní exhibió imágenes de una multitud curiosa que se agolpó en el puerto para ver cómo sacaban del agua al pesado animal.

El dueño de la piscifactoría de Charai, donde se encuentra el tiburón, dijo no sentir demasiada pena por el pez y lo vendió por 1.700.000 rupias (alrededor de \$9.000.000), unas 20 veces más de lo que esperaba obtener al principio.

El tiburón ballena es considerado el pez más grande que existe y puede llegar a medir más de 12 metros de largo.



Según el libro Animal Facts and Feats, una suerte de Guinness de los récords de animales, el espécimen más grande del que se tiene registro fue capturado en 1947, también cerca de Karachi. Medía 12,65 metros de largo y pesaba 21,5 toneladas.

FUENTE: <http://latercera.com/noticia/tendencias/2012/02/659-429292-9-hallan-un-tiburon-ballena-de-unos-doce-metros-en-las-costas-paquistanies.shtml> (adaptación)



Internacional

Las cebras habrían desarrollado su piel rayada para espantar a las moscas



Estudio demostró que a los insectos les molesta la forma en que la luz se refleja en el cuero de estos animales, haciendo que sean poco atractivos para ellos.

Una investigación realizada por científicos suecos y húngaros reveló que las cebras habrían desarrollado las franjas blancas y negras de su piel para mantener alejadas a las moscas. Este estudio, que se publicó en Londres el presente mes en la revista científica británica *Journal of Experimental Biology*, reveló que la piel rayada de las cebras resulta poco atractiva para las moscas por la forma en que refleja la luz.

“Comenzamos estudiando caballos negros, marrones y blancos, y descubrimos que la luz reflejada por los caballos de piel oscura era muy atractiva para las moscas”, explicó la profesora Susanne Akesson, de la Universidad de Lund (Suecia).

Según Akesson, la luz rebota sobre la piel de los caballos oscuros y viaja en forma de ondas hasta los ojos de las moscas, haciendo un movimiento que es muy llamativo para ellas. Sin embargo, en el caso de los caballos blancos, los científicos observaron que la luz no se comportaba de la misma manera, haciéndola mucho menos atractiva para las moscas.

Tras este hallazgo, el equipo se dedicó a investigar el tipo de luz que reflejaba la piel rayada de las cebras y cuál era la reacción de las moscas. En unas pizarras, los científicos pintaron franjas blancas



y negras de distintas dimensiones. Así descubrieron que las franjas más estrechas atraían a menos moscas.

“Concluimos que las cebras habían evolucionado hasta alcanzar un diseño en el que las rayas fueran lo suficientemente estrechas para generar la menor atracción posible en las moscas”, añadió Akesson.

FUENTE: <http://www.emol.com/noticias/tecnologia/2012/02/09/525563/las-cebras-habrian-desarrollado-su-piel-rayada-para-espantar-a-las-moscas.html> (adaptación)



El gallito y el diamante



Había una vez, una mujer muy pobre que vivía en las cercanías del palacio de un emperador. Lo único que tenía era un gallito, que se lo pasaba escarbando y picoteando sobre el maloliente estiércol.

Un día, el gallito encontró sorpresivamente un diamante que brillaba entre los desechos de animales. Justo en ese momento, pasaba por allí el emperador, que vio al ave cuando cogía la piedra preciosa.

-Oye gallito, ¡dame ese diamante! -le ordenó.

-No, no te lo daré, porque mi ama lo necesita -replicó el ave.

El emperador, furioso ante la respuesta del gallito, le arrebató con violencia el diamante. Luego, se lo llevó a su palacio y lo guardó junto a todos sus tesoros.

El gallito montó en cólera y voló a posarse sobre la reja del palacio. Allí se puso a gritar:
-¡Quiquiriquí, emperador, devuélveme mi diamante!

Para no escuchar al gallo, el emperador se encerró en su pieza. Entonces, el gallito fue a posarse en la ventana y cantó aún más fuerte:

-¡Quiquiriquí, emperador, devuélveme mi diamante!

El emperador, furioso, le dijo a su sirvienta:



-¡Captura a ese gallo! Luego, arrójalo al pozo más profundo, para no escuchar más sus malditos quiquiriqueos.

La sirvienta lo hizo pero, una vez en el pozo, el gallo dijo:

-¡Me tragaré toda el agua! ¡Vamos buche... absorbe el agua!

Y el ave guardó en su buche toda el agua del pozo.

Así, el gallito pudo salir del pozo y, una vez más, fue a posarse en la ventana del emperador.

-¡Quiquiriquí, emperador, devuélveme mi diamante!

Al escuchar nuevamente al gallo, el emperador se sulfuró:

-¡Sirvienta, captúralo y arrójalo al panal de abejas, para que estas lo piquen hasta que muera!

La sirvienta arrojó al gallito al panal. Pero, una vez entre las abejas, el gallo dijo:

-¡Me tragaré todas las abejas! ¡Vamos buche... trágatelas todas!

Y el gallo se tragó todas las abejas del panal.

Entonces, el gallito regresó a la ventana del emperador y recommenzó con su canción:

-¡Quiquiriquí, emperador, devuélveme mi diamante!

A esas alturas, el emperador no sabía qué hacer con el gallo.

-¡Sirvienta, tráeme a ese pequeño gallo!

La sirvienta atrapó al gallito y el emperador lo metió en sus bombachos. El ave, presa entre su ropa, dijo:

-¡Liberaré a todas las abejas! ¡Vamos abejas, píquenle el trasero al emperador!

El gallo abrió su pico y todas las abejas salieron volando de su buche.

Al escuchar estas palabras, el emperador se puso de pie de un salto y, aterrorizado, gritó a sus sirvientes:

-¡Por todos los diablos, saquen de aquí a este testarudo gallo! ¡Ya me cansó! ¡Llévenselo a la habitación del tesoro, para que allí busque su maldito diamante!

Así lo hicieron los sirvientes y, una vez en la habitación del tesoro, el gallito dijo:

-¡Me tragaré todo! ¡Vamos, buche... trágate todo el tesoro!



Y el gallo se tragó todo el dinero del emperador, además del diamante.

Finalmente, el alborozado gallito se fue volando donde su ama con una sonrisa y el buche lleno. Le entregó el diamante y todo el dinero. Gracias a este regalo, a la mujer le cambió la vida y nunca se separó de su gallito.



La sopa de piedra



Érase una vez, un monje que recorría una región donde la gente tenía fama de ser muy tacaña. Una tarde, llegó a casa de unos campesinos a pedirles un aporte, pero no le quisieron dar nada. Así que, como era la hora de comer y el religioso estaba hambriento, les dijo:

-Pues yo me voy a hacer una sopa de piedra riquísima.

Ni corto ni perezoso, rápidamente cogió una piedra del suelo, la limpió y la miró muy bien para ver si era adecuada. Y lo confirmó... ¡la piedra era idónea para hacer una sopa!

Los campesinos comenzaron a reírse del monje. Decían que estaba loco:

-¡Vaya demencia más grande!

Sin embargo, el monje les dijo:

-¡Cómo! ¿No me digan que no han comido nunca una sopa de piedra? Pero, ¡si es un plato exquisito!

-¡Eso habría que verlo, viejo loco! -dijeron los campesinos.

Precisamente esto último es lo que esperaba oír el astuto monje. Enseguida, lavó la piedra con mucho cuidado en la fuente que había delante de la casa y dijo:

-¿Me pueden prestar una olla? Así podré demostrarles que la sopa de piedra es una comida exquisita.



Los campesinos le dieron el caldero para ver hasta dónde llegaba su locura. El monje llenó la olla de agua y les preguntó:

-¿Les importaría dejarme entrar en su casa para poner la olla al fuego?

Los campesinos lo invitaron a entrar y le enseñaron dónde estaba la cocina.

-¡Ay, qué lástima! -dijo el monje. Si tuviera un poco de carne de vaca, la sopa estaría todavía más rica.

La madre de la familia le dio un trozo de carne, ante la protesta de toda su familia. El monje la echó en la olla y removió el agua con la carne y la piedra. Al cabo de un ratito, probó la sopa:

-Mmmmm... está un poco sosa. Le hace falta sal.

Los campesinos le dieron sal. La añadió al agua, probó otra vez la sopa y comentó:

-Desde luego, si tuviéramos un poco de col, los ángeles se chuparían los dedos con esta sopa.

Burlándose del monje, el padre le dijo:

-¡Espere un momento, enseguida le traigo un repollo de la huerta! Y, para que los ángeles no protesten por una sopa de piedra tan sosa, le traeré también una patata y un poco de apio.

-¡Desde luego que eso mejoraría mi sopa muchísimo! -respondió el monje.

Después de que el campesino le trajera las verduras y la papa, el monje las lavó, troceó con su cuchillo en pequeños cortes y las echó dentro del caldero. El agua ya hervía a borbotones. Luego, dijo:

-Un poquito de chorizo, y tendré una sopa de piedra digna de un rey.

-Pues toma ya el chorizo, mendigo loco -le dijo otro de los campesinos.

Lo echó dentro de la olla, dejó hervir durante un rato, y probó de nuevo el caldo. A continuación, dijo:

-Traigan platos para todos.

El monje repartió abundantes raciones de su sopa de piedra y se sentaron todos juntos a la mesa a disfrutar de esta gran cantidad de comida. Comieron la carne y las verduras, mojaron su pan en el



caldo y se lo bebieron. No dejaron en sus platos ni una gota de sopa.

Para finalizar, el religioso cogió la piedra de la olla vacía, la lavó, la secó y la dejó sobre la mesa, diciéndoles:

-Usen esta piedra para hacer la sopa más deliciosa, cuando ustedes quieran.

Dicho esto, el monje siguió su camino, dejándoles la milagrosa piedra a los campesinos.



Ícaro y Dédalo

Mito griego



En la isla de Creta, existió hace muchos años un rey llamado Minos, que tenía un hijo con cuerpo de hombre y cabeza de toro, conocido como el Minotauro. Para esconder su vergüenza y proteger a su pueblo de la violencia de este monstruo, Minos le encomendó a Dédalo, un gran arquitecto de Atenas, que construyera un enorme y complicado laberinto de donde el Minotauro no pudiera escapar.

Dédalo aceptó y emprendió la gran obra con su hijo Ícaro. Cinco años después, terminaron el laberinto: tenía miles de pasillos, dispuestos de una forma tan complicada, que era imposible salir.

El rey Minos quedó satisfecho, pero tuvo miedo de que Dédalo y su hijo revelaran el secreto del laberinto, así que les prohibió abandonar la isla. Ordenó a todos los soldados de su ejército vigilar las playas de día y de noche, para que Ícaro y Dédalo no pudieran escapar por mar.

Pero Dédalo, que era un hombre muy ingenioso, ideó un maravilloso plan:

–¡Escaparemos volando, como las aves! –le dijo a Ícaro.

En seguida, se dedicaron a recolectar las plumas de los pájaros que sobrevolaban la isla. Luego, las unieron con cera de abeja y construyeron dos pares de alas. Dédalo pegó un par de alas en su espalda y otro par en la de Ícaro. Mientras lo hacía, le advirtió a su hijo:

–Debes volar entre mar y cielo, no demasiado alto, pues el sol derretiría la cera de tus alas y caerías.

Elevándose como aves con sus alas, Ícaro y Dédalo comenzaron a volar a media altura. Pero



pronto el joven, alucinado con el mágico poder que le había dado su padre, olvidó su advertencia y comenzó a volar cada vez más alto. Se acercó tanto al sol, que el calor derritió la cera que sostenía sus alas, y cayó ante la mirada atónita de su padre. Desapareció en las profundidades del mar, sin dejar más rastro que las plumas sobre las olas.

Tiempo después, en el lugar donde Ícaro perdió la vida, se formaron las Islas Ícaras, llamadas así en recuerdo del joven que voló demasiado alto.



El inicio del mundo

Extracto de mito nortino



Desde Cupo a Socaire, los habitantes de pueblos y aldeas atacameñas cuentan que en un comienzo, el mundo era solo noche y penumbras. Nada iluminaba la existencia de los hombres, quienes permanentemente deambulaban por los cerros y las quebradas, buscando el alimento que escaseaba. Dicen que la falta de calor y de luz impedía la germinación de las semillas y el crecimiento de las plantas; solo existía lo que ya estaba allí.

La tierra comenzaba recién a adquirir su forma actual, aparecían los paisajes de volcanes y planicies, con su amplia gama de colores. El agua caía copiosamente; llovía y llovía. Ríos caudalosos descendían desde lo alto de los cerros, arrastrando grandes rocas que desgarraban el llano, abriendo profundas grietas.

La lluvia, el frío, el hambre y la soledad eran los compañeros de algunos antiguos, que difícilmente lograban sobrevivir. Se ocultaban en cuevas ubicadas en lugares distantes, como Socaire y la Quebrada del Encanto, cerca de Toconce. Dicen que allí suelen verse sus sombras en las noches sin luna. Para poder apreciarlas, es necesario ir hasta estos lugares sin compañía.

De estos hombres, se dice que todos murieron: los que vivían en la cuenca del río Salado, porque no resistieron la fuerza del sol; y los de Socaire, debido a la intensidad de las lluvias, truenos y relámpagos. De ellos, solo perduran sus pueblos destruidos y las marcas de sus grandes pies sobre las blandas rocas de aquella época. Hasta hoy es posible ver esos rastros en sitios arqueológicos como Patillón, en Toconce.



Boris Prado, artesano volantiner

Las enseñanzas de un abuelo encantado por el aire



Únicos en Chile son los volantines que fabrica Boris Prado, y que expone en la Muestra Internacional de Artesanía Tradicional, en el Parque Bustamante. Un arte heredado de su abuelo Guillermo Prado, un famoso volantiner que inspiró a Nemesio Antúnez y llegó a mostrar su obra en el Museo Nacional de Bellas Artes.

“Mi abuelo era de escasos recursos y tenía muchos hermanos. Desde los 7 años hacía volantines con su familia para venderlos en septiembre. Así fue como mi abuelo se encantó con los volantines y comenzó a gustarle todo lo que era aéreo. Compraba libros, y se instruía con los volantines de China, en busca de la perfección. Con el tiempo, se empezó a interesar en hacer aviones y estudió aerodinámica en forma autodidacta”.

Así relata Boris Prado, de 36 años, expositor de la Muestra Internacional de Artesanía Tradicional de la Universidad Católica, la historia del singular talento de su abuelo, Guillermo Prado, de quien aprendió el oficio de volantiner. Un hombre que, con tenacidad y profundidad, se dedicó al estudio de las leyes naturales del vuelo. Llegó a ejercer como profesor civil en la Fuerza Aérea al tomar contacto con el gobierno de Frei, que adquirió sus prestigiosos juguetes y volantines para regalar a los niños en Navidad.

La relación de Boris con su abuelo Guillermo

A los cuatro años, Boris ya se instalaba junto a su abuelo a verlo fabricar sus volantines. Obras de gran valor, llevadas a cabo con extremo perfeccionismo, realizando detallados cálculos



matemáticos para lograr las proporciones exactas y así asegurar su vuelo. Además, en las figuras y coloridos de sus volantines se expresaba su gran sentido artístico. Boris lo ayudaba tomando nota de medidas y cortes, sin atreverse a demostrar nada a su exigente maestro, siempre dispuesto a la dura corrección.

“Mi abuelo siempre me decía que yo tenía que continuar con este oficio, ya que sólo uno de sus hijos era volantinerero y falleció. Mi papá se dedicó a la música, tocaba en el Munich, en Malloco. Yo le decía: sí, Tata, puede ser. Él no sabía que yo realmente manejaba esto, y que hacía cosas por mi cuenta. En el 2003, él falleció y antes de morir me dijo que sus deseos eran que alguien heredara el trabajo de volantinerero. Ahí llegué a la conclusión de que yo era el único que podía continuar su obra.

Y tomé la decisión, pero siempre en el anonimato, hasta que un día me llegó la invitación de la Universidad Católica para representar a mi abuelo en la Muestra de Artesanía y dije que bueno. Y así fue como vine por primera vez el año pasado y empecé a mostrar mi trabajo”.

Extraído y adaptado de: http://www.nuestro.cl/notas/gente/boris_volantinero1.htm



La dura sobrevivencia de los oficios tradicionales

Eescooba: Un pregón que se extingue



Parte del imaginario colectivo nacional son los pregoneros, personajes folclóricos urbanos de Chile que abundaban en el siglo XX. Lamentablemente, algunos han dejado de practicar su oficio, pues ya no les es rentable, y otros son los últimos exponentes de una labor que se irá con ellos, como el escobero.

Celso San Martín lleva 27 años fabricando artesanalmente escobas de curagüilla en su taller del cerro Jiménez, las que sale a vender recorriendo la geografía de Valparaíso. Aprendió el oficio observando a su hermano mayor, quien tenía su propio taller, y continuó el legado familiar que se irá con él; “Mis hijos no van a cambiar el rubro que ya tienen, por este que me enseñaron a mí. Y además este oficio no es para ellos..., es para personas como nosotros, que ya tenemos nuestros añitos”.

Su clásico pregón ya forma parte de la banda sonora de los habitantes de los cerros porteños. Al igual que el afilador de cuchillos o el organillero, se vio perjudicado por la modernidad. Los escobillones de plástico lentamente comenzaron a desplazar a estas escobas, que hoy siguen siendo las mejores para barrer las calles y los patios, dada la firmeza de su material. “En Valparaíso el único que queda soy yo. Antes había varias fábricas, pero quebraron. Yo me mantengo, porque a la edad de uno ya no le dan pega en otro lado. Pero me sirvió para criar a mis hijos, que ya están todos grandes”.



El oficio de escobero porteño

Armadora, costurero, guillotina para despuntar, tambor para remojar y azufrar la rama para darle color y resistencia, son los elementos esenciales en su taller. Luego se seleccionan las ramas y después se hace la escoba, en un proceso de 24 horas. “Nosotros somos tres hermanos: uno sale a vender al cerro La Cruz y otros sectores, el otro va para Laguna Verde, y yo soy el que las fabrico y vendo en otros cerros. Antes nos paraban los carabineros, pero después nos hicimos conocidos y ya no tenemos inconvenientes, porque este es un producto de limpieza, así que no hay problemas de sanidad”.

Lamentablemente, don Checho sabe que con él “se muere la tradición en Valparaíso; después van a quedar los puros escobillones de plástico, y estas escobas, que son tan necesarias para barrer las veredas y otros lugares, van a tener que traerlas de afuera. Cuando empezamos a vender, vendíamos una o dos docenas diarias cada uno, porque no había escobillones. Ahora, no es lo mismo: esta semana vendí ocho escobas, muy poco. Además, cuando llueve no se puede salir tampoco. Antes vendía en los colegios, pero ahora les piden a los mismos niños que lleven un escobillón por curso”, concluye desesperanzado.

Extraído y adaptado de: <http://www.culturart.cl/Reportajes/Pregoneros/pregoneros.htm>



imactiva*
Tecnología para la educación